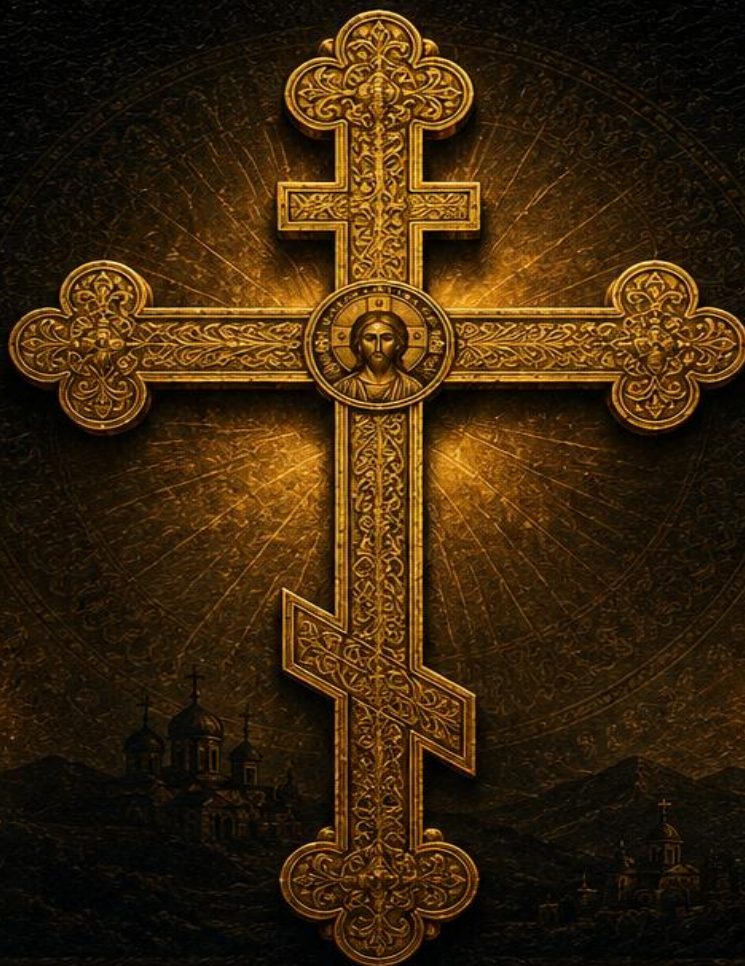


IC XC



Кресту Твоему поклоняемся,
Владыко

PRÉDICAS DE UN MONJE

Meditaciones sobre la Fe,
la Virtud y la Vida en Cristo

Arzobispo Basilio
Arzobispo de Santiago y todo Chile

Prédicas de un Monje
ARZOBISPO BASILIO, TRUE ORTHODOX CHURCH OF THE DIASPORA

En el amor de Nuestro Señor Jesucristo decidí reunir algunas ideas esperando que sirvan para comprender mejor la maravilla de nuestra fe.

Reciban, hijitos míos, la bendición de este siervo de siervos, en Nuestro Señor Jesucristo y nuestra amada Theotokos.



La Santa Cruz

En la vida, todos enfrentamos momentos de debilidad, cansancio y desesperanza. Hay instantes en los que sentimos que nuestras fuerzas se agotan, que el peso de las dificultades es demasiado grande y que no podemos seguir adelante. Pero en esos momentos la Santa Cruz de nuestro Señor Jesucristo se alza como un faro de esperanza, un recordatorio de que no estamos solos y de que en nuestra debilidad, Dios muestra su poder.

La Cruz no es solo un símbolo de sufrimiento, sino también de victoria. En ella Jesús cargó con el peso de nuestros pecados, enfrentó el dolor, la humillación y la muerte, pero no se quedó allí. Resucitó venciendo al pecado y a la muerte. La Cruz nos enseña que aunque el camino sea arduo Dios transforma nuestro sufrimiento en redención.

Cuando nuestras fuerzas se agotan mirar la Cruz nos recuerda que Jesús ya recorrió el camino del dolor por nosotros. Él conoce nuestras luchas, nuestras lágrimas y nuestras caídas. En Juan 19:17, leemos: “Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera”. Jesús no solo llevó la cruz física, sino también el peso espiritual de la humanidad. Si Él pudo soportarlo, nosotros, con su gracia, también podemos.

San Pablo, en 2 Corintios 12:9, nos da una clave poderosa: “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. Cuando nos sentimos sin fuerzas, cuando pensamos que no podemos más es precisamente ahí donde Dios actúa con mayor fuerza. La Cruz nos invita a rendirnos no ante la desesperación sino ante la voluntad de Dios. Mirar la Cruz es un acto de fe, es confiar en que, aunque no veamos la salida Dios sí la tiene preparada.

Pensemos en María, la Madre de Jesús y Madre Nuestra al pie de la Cruz. Su corazón estaba destrozado viendo a su Hijo sufrir, pero ella permaneció firme confiando en el plan de Dios. En nuestros momentos de agotamiento seamos como la Theotokos y quedemonos al pie de la Cruz ofreciendo nuestro dolor y confiando en la providencia divina.

PRÉDICAS DE UN MONJE
ARZOBISPO BASILIO, TRUE ORTHODOX CHURCH OF THE DIASPORA

Mirar la Cruz no es quedarnos atrapados en el sufrimiento sino encontrar en él un propósito. En Hebreos 12:2 se nos dice: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio” . Jesús miró más allá del dolor hacia la gloria de la resurrección. De la misma manera, cuando nuestras fuerzas se acaban la Cruz nos invita a mirar más allá de nuestras dificultades hacia la promesa de la vida eterna y la presencia constante de Dios.

La Iglesia Romana como Secta desde la Perspectiva Ortodoxa

Queridos hermanos y hermanas en Cristo nos reunimos hoy bajo la guía del Espíritu Santo y la sabiduría de la Santa Tradición para reflexionar sobre un tema delicado pero necesario: la desviación de la Iglesia Romana conocida como la iglesia Católica Romana desde la perspectiva de la fe. Como nos exhorta 2 Timoteo 3:16, "Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia". Con este espíritu, examinaremos cómo la iglesia Romana se ha apartado de la fe apostólica adoptando características que, desde nuestra perspectiva ortodoxa, la asemejan a una secta.

¿Qué es una Secta?

En la tradición una secta no es simplemente un grupo disidente sino una comunidad que se aleja de la fe apostólica preservada en la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica. Una secta introduce innovaciones doctrinales, exalta la autoridad humana por encima de la Tradición y la Escritura, y rompe la comunión con la fe ortodoxa. La Iglesia Ortodoxa, como guardiana de la fe transmitida por los apóstoles y los padres de la Iglesia evalúa toda enseñanza a la luz de esta Tradición. Veamos entonces cómo la Iglesia Romana se ha desviado en puntos clave.

La Supremacía Papal

Una Innovación No Apostólica

Uno de los pilares de la iglesia Romana es la doctrina de la supremacía papal, que afirma que el Papa de Roma tiene autoridad universal e infalibilidad en cuestiones de fe y moral. Esta enseñanza formalizada en el Concilio Vaticano I (1870) es una clara desviación de la fe apostólica. En la Iglesia primitiva el Obispo de Roma era considerado primus inter pares (primero entre iguales), pero no un gobernante

supremo sobre todos los obispos. Los Concilios Ecuménicos como Nicea (325) y Constantinopla (381), establecieron una estructura colegial, donde los obispos en comunión discernían la voluntad de Dios.

La supremacía papal rompe con esta tradición sinodal colocando al Papa por encima de los concilios y la Tradición. Como dice San Justino Popović, "la infalibilidad del Papa es una herejía contra el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia en sobornost (unidad sinodal)". Este enfoque centralizado donde un solo hombre reclama autoridad divina es una característica sectaria ya que sustituye la comunión eclesial por una autoridad humana absoluta.

EL FILIOQUE

Una ALTERACIÓN DEL CREDO

Otra desviación significativa es la adición unilateral del Filioque al Credo Niceno-Constantinopolitano. La Iglesia Romana insertó la frase "y del Hijo" en el Credo afirmando que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Esta alteración, introducida sin el consentimiento de un Concilio Ecuménico contradice la práctica de la Iglesia primitiva y la enseñanza de los padres como San Gregorio el Teólogo, quien afirmó que el Espíritu procede únicamente del Padre.

El Filioque no solo altera la teología trinitaria sino que refleja una actitud de autosuficiencia por parte de Roma que ignora la autoridad conciliar y la Tradición apostólica. Desde la perspectiva ortodoxa, esta innovación es un signo de sectarismo, ya que prioriza una teología local sobre la fe universal de la Iglesia.

Innovaciones Litúrgicas y Doctrinales

La Iglesia Romana ha introducido prácticas y doctrinas que se apartan de la Tradición apostólica. Por ejemplo la doctrina del Purgatorio, formalizada en el Concilio de Trento (1545-1563) no tiene base en la Escritura ni en los padres de la Iglesia. La Ortodoxia enseña que los difuntos dependen de la misericordia de Dios y las oraciones de la

Iglesia, pero no un lugar intermedio de purificación. Asimismo, la práctica de las indulgencias, que implica la remisión de penas temporales por el pecado introduce una mentalidad mercantil en la vida espiritual ajena al espíritu de la fe ortodoxa.

Además, la introducción del celibato obligatorio para el clero romano contradice la práctica apostólica que permitía tanto el clero célibe como el casado (1 Timoteo 3:2). Estas innovaciones reflejan una tendencia sectaria de imponer reglas humanas por encima de la Tradición de la Iglesia.

La Ruptura de la Comunión Eclesial

El Gran Cisma de 1054, cuando Roma y Constantinopla se excomulgaron mutuamente, marcó la ruptura formal de la Iglesia Romana con la comunión ortodoxa. Aunque ambas partes compartieron la culpa en el conflicto, la insistencia de Roma en la supremacía papal y su rechazo a la colegialidad fueron factores decisivos. Desde entonces Roma ha continuado su camino de innovación alejándose cada vez más de la fe apostólica preservada por la Ortodoxia.

Como dice San Marcos de Éfeso, "no podemos aceptar ninguna unión que comprometa la pureza de la fe". La negativa de Roma a volver a la Tradición sinodal y a corregir sus desviaciones doctrinales refuerza su carácter sectario desde la perspectiva ortodoxa.

Un Llamado al Arrepentimiento y la Verdad

Hermanos y hermanas, estas palabras no buscan condenar a las personas que forman parte de la Iglesia Romana muchas de las cuales aman a Cristo sinceramente. Más bien, es un llamado a discernir la verdad y a volver a la fe apostólica preservada en la Iglesia Ortodoxa. Como nos enseña San Juan Crisóstomo, "la verdad no pertenece a los hombres, sino a Dios". Invitamos a todos a explorar la riqueza de la Tradición ortodoxa, que ha permanecido fiel a Cristo a través de los siglos.

Concluyo con las palabras de Efesios 4:5: "Un Señor, una fe, un bautismo". Que el Espíritu Santo nos guíe a la unidad en la verdad, para que podamos glorificar a Dios en espíritu y en verdad. Amén.

La infalibilidad papal

La infalibilidad papal tal como la define la Iglesia Católica Romana es un dogma proclamado en el Concilio Vaticano I (1870), que establece que: el Papa cuando habla ex cathedra (es decir en su calidad de pastor y doctor supremo de la Iglesia en asuntos de fe y moral) está preservado de error por la asistencia del Espíritu Santo. Desde la perspectiva de la Iglesia Ortodoxa este concepto es problemático y carece de fundamentos teológicos, históricos y eclesiológicos sólidos. A continuación, se presenta una justificación de esta postura ortodoxa:

Ausencia de base en la Tradición primitiva: La Iglesia Ortodoxa sostiene que la infalibilidad papal no tiene raíces en la Tradición apostólica ni en los primeros siglos del cristianismo. En la Iglesia primitiva las decisiones doctrinales se tomaban de manera conciliar, con obispos reunidos en sínodos o concilios ecuménicos, como los de Nicea (325) o Constantinopla (381). No existe evidencia histórica de que el obispo de Roma tuviera una autoridad infalible sobre toda la Iglesia. Por ejemplo, el Concilio de Calcedonia (451) reconoció la primacía de honor del obispo de Roma, pero no una supremacía jurisdiccional ni infalibilidad doctrinal.

Primacía versus supremacía: La Ortodoxia reconoce una primacía de honor para el obispo de Roma como primus inter pares (primero entre iguales) en la pentarquía de los patriarcados antiguos (Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén). Sin embargo, esta primacía no implica una autoridad absoluta ni infalibilidad personal. En la eclesiología ortodoxa, la autoridad suprema reside en la comunidad eclesial expresada a través de los concilios, donde el consenso de los obispos refleja la guía del Espíritu Santo. La infalibilidad papal en cambio concentra la autoridad en una sola persona, lo que contradice el principio de sinodalidad.

PRÉDICAS DE UN MONJE
ARZOBISPO BASILIO, TRUE ORTHODOX CHURCH OF THE DIASPORA

Problemas teológicos y escriturales: Desde la perspectiva ortodoxa la infalibilidad papal carece de un fundamento claro en las Escrituras. El pasaje de Mateo 16:18-19, donde Jesús dice a Pedro que será la "roca" sobre la cual edificará su Iglesia es interpretado por los ortodoxos como una referencia a la fe de Pedro, no a una autoridad personal perpetua en sus sucesores. Además, la Ortodoxia argumenta que la infalibilidad de un solo individuo contradice la naturaleza colectiva de la Iglesia como cuerpo de Cristo donde el Espíritu Santo actúa a través de toda la comunidad creyente.

Ejemplos históricos de errores papales: La Iglesia Ortodoxa señala casos históricos en los que los papas han incurrido en errores doctrinales o han sido corregidos por otros obispos o concilios. Por ejemplo, el papa Honorio I (625-638) fue condenado póstumamente por el Tercer Concilio de Constantinopla (680-681) por apoyar la herejía monotelita. Esto demuestra que los obispos de Roma no fueron considerados infalibles en la antigüedad lo que pone en duda la validez del dogma.

Ruptura de la unidad eclesial: La proclamación de la infalibilidad papal en 1870 profundizó la división entre las Iglesias de Oriente y Occidente iniciada formalmente en el cisma de 1054. Para los ortodoxos este dogma representa una innovación unilateral que altera la estructura eclesiológica tradicional y obstaculiza el diálogo ecuménico. La Ortodoxia sostiene que la verdad de la fe se preserva mediante la recepción de la enseñanza por parte de toda la Iglesia, no por la declaración de un solo obispo.

EL Pecado

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Hoy, reflexionamos sobre un tema que toca el corazón de nuestra vida cristiana: el pecado y su impacto en nuestras vidas. La Sagrada Escritura y la sabiduría de los Santos Padres nos enseñan que el pecado no es solo un error pasajero, sino una herida que nos aleja de Dios, de nuestros hermanos y de nosotros mismos. Pero gracias a la infinita misericordia de Cristo no estamos condenados a su esclavitud, sino llamados a la libertad de la redención.

El Apóstol Pablo nos dice con claridad: "Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 6:23). En nuestra tradición ortodoxa entendemos el pecado, hamartia, como "errar el blanco", fallar en vivir según la imagen de Dios en la que fuimos creados. San Juan Crisóstomo nos enseña que el pecado surge de nuestras pasiones desordenadas: el orgullo, la envidia, la ira, la codicia, que nos atan y nos apartan de la luz divina.

Primero, el pecado afecta nuestra relación con Dios. Cuando pecamos levantamos un muro entre nosotros y el Creador. Como Adán y Eva en el Paraíso, al desobedecer perdemos la intimidad con Dios y nuestro corazón se llena de vacío. San Gregorio Palamás explica que el pecado oscurece el Nous, nuestra capacidad de contemplar a Dios dejándonos en tinieblas espirituales. ¿Cuántas veces hemos sentido esa inquietud, esa falta de paz que no explicamos? Ese es el eco del pecado que clama por ser sanado.

Segundo, el pecado daña nuestras relaciones con los demás. Rompe la armonía que Dios quiso para nosotros. Recordemos la historia de Caín y Abel: la envidia llevó al fratricidio destruyendo la fraternidad. En nuestra vida diaria, el pecado se manifiesta en palabras hirientes, en juicios apresurados, en egoísmos que hieren a quienes amamos. San Basilio el Grande nos recuerda que el pecado no solo nos afecta a

PRÉDICAS DE UN MONJE
ARZOBISPO BASILIO, TRUE ORTHODOX CHURCH OF THE DIASPORA

nosotros, sino que hiere a toda la comunidad, como una piedra arrojada a un estanque que perturba todo a su alrededor.

Tercero, el pecado impacta nuestro cuerpo y alma. Las pasiones desordenadas traen consecuencias físicas y emocionales. San Máximo el Confesor enseña que el cuerpo, creado como templo del Espíritu Santo sufre cuando cedemos al pecado. Vemos esto en las adicciones que destruyen la salud, en la ansiedad que nos roba la paz, o en la tristeza que surge de vivir lejos de Dios. El Salmo 31 lo expresa: "Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día" (Salmo 32:3).

Pero, amados en Cristo, no nos quedemos en la sombra del pecado pues la luz de Cristo brilla con más fuerza. En su Cruz y Resurrección, Él ha vencido el pecado y la muerte. Como nos dice San Atanasio, "Dios se hizo hombre para que el hombre pudiera hacerse divino". La Iglesia nos ofrece los medios para sanar: la Confesión limpia nuestras almas, la Eucaristía nos une a Cristo, y la oración, especialmente la Oración de Jesús, nos guarda de las tentaciones. San Antonio el Grande nos exhorta: "Vigila tu corazón, pues de él mana la vida".

Hermanos y hermanas, hoy es un día para examinarnos. ¿Dónde ha entrado el pecado en nuestras vidas? ¿En un rencor que guardamos? ¿En una tentación que no resistimos? Acerquémonos al Señor con un corazón contrito como nos pide el Salmo: "Crea en mí, oh, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Salmo 51:10). Que esta predicación nos impulse a la metanoia, al cambio de corazón, para vivir plenamente en la gracia de Dios.

Queridos míos, abracemos la Santa Cruz, enamoremos de Cristo, vivamos para Él por Él y en Él, para que nuestra existencia cobre sentido, miremos siempre al Señor.

Que la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos guíe y fortalezca en nuestro camino hacia la salvación. Amén.

La envidia

¿Qué es la envidia, hermanos, sino un pecado en contra de la verdad? El primero en cometer este pecado fue el demonio, en el Cielo. Cuando empezó a sentir envidia de Dios, preguntándose por qué Dios era más grande que él y por qué él no podía ser más grande que Dios. Siendo expulsado del Cielo, cayó en la tierra y empezó a sembrar la envidia en todos los hombres, empezando por Adán y Eva, para que infringieran los mandamientos de Dios. También sembró la envidia en el corazón de Caín, aconsejándole matar a su hermano, lo cual este cumplió sin miramientos.

¿Cómo se extingue el pecado de la envidia? Cumpliendo el mandamiento que nos dejó el Señor, el mandamiento del amor, con la misericordia, con el perdón y la humildad, porque todo eso ahuyenta al repugnante demonio de la envidia. Armémonos con estas virtudes para poder derrotarlo, tal como nos lo recomienda la Sagrada Escritura. El pecado de la envidia es más grave que los demás pecados, porque de él nacen los otros cinco grandes pecados: el odio, las murmuraciones, el hábito de juzgar al otro, el alegrarnos por el mal ajeno y el sufrimiento cuando al otro le va bien.

La CODICIA

Hermanos y hermanas en Cristo,

Hoy reflexionamos sobre un peligro espiritual que acecha en los corazones de muchos: la codicia. En la tradición ortodoxa la codicia no es simplemente un deseo desordenado por bienes materiales, sino una enfermedad del alma, una pasión que nos aleja de Dios y nos esclaviza a las cosas pasajeras de este mundo. Como nos enseña la Sagrada Escritura y los Santos Padres, la codicia es una idolatría (Colosenses 3:5), pues coloca a las riquezas o al deseo de poseer por encima del amor a Dios y al prójimo.

La codicia: una raíz de muchos males

San Pablo, en su primera carta a Timoteo, nos advierte: “Porque el amor al dinero es la raíz de todos los males” (1 Timoteo 6:10). No dice que el dinero en sí sea malo, pues los bienes materiales son dones de Dios cuando se usan con rectitud. El problema radica en el corazón que se apega a ellos, que busca en las riquezas su seguridad, su identidad y su felicidad. La codicia nos ciega nos hace olvidar que somos peregrinos en esta tierra creados para la eternidad y no para acumular tesoros que el moho y la polilla destruyen (Mateo 6:19).

En la tradición ortodoxa, los Padres de la Iglesia, como San Juan Crisóstomo, nos recuerdan que la codicia no solo afecta al rico, sino también al pobre, pues no se mide por la cantidad de bienes, sino por el deseo desordenado de poseer más, ya sea dinero, poder, prestigio o placeres. San Basilio el Grande exclamaba: “¿A quién perjudico, dices, al quedarme con lo mío? Pero ¿Qué cosas son tuyas? ¿De dónde las tomaste? Todo lo que tienes es un don de Dios, y Él te lo dio para que lo compartas con los necesitados” . La codicia, entonces, no es solo acumular, sino también negarse a compartir, cerrando el corazón al mandato del amor.

La LUCHA ESPIRITUAL CONTRA LA CODICIA

La espiritualidad ortodoxa nos enseña que la codicia es una pasión que debe ser combatida con ascesis, oración y caridad. Los Santos Padres nos exhortan a cultivar la virtud opuesta: el desapego, la generosidad y la confianza en la providencia divina. Como dice San Isaac el Sirio: “El que vence la codicia alcanza la libertad del alma” . Esta libertad nos permite vivir no para nosotros mismos, sino para Dios y para nuestros hermanos.

Consideremos el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, quien, siendo rico en su divinidad, se hizo pobre por nosotros (2 Corintios 8:9). Él nos mostró el camino de la humildad y el desprendimiento, enseñándonos a buscar primero el Reino de Dios y su justicia (Mateo 6:33). En la parábola del rico insensato (Lucas 12:16-21), Jesús nos advierte sobre la vanidad de acumular riquezas para sí mismo, olvidando que nuestra

vida está en las manos de Dios y que en cualquier momento podemos ser llamados a rendir cuentas.

EL ANTÍDOTO ORTODOXO: CARIDAD, ORACIÓN Y SOBRIEDAD

La Iglesia Ortodoxa nos ofrece los medios para vencer la codicia. Primero, la caridad: dar a los necesitados no solo alivia su sufrimiento, sino que purifica nuestro corazón. San Juan Crisóstomo decía: “La limosna es el ala que eleva el alma hacia Dios” . Cada acto de generosidad es una ofrenda a Cristo mismo, presente en los pobres (Mateo 25:40).

Segundo, la oración: la codicia surge de un corazón que ha olvidado a Dios. La oración constante, especialmente la Oración de Jesús (“Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador”), nos centra en lo eterno y nos libra de la ilusión de las riquezas terrenales. Como dice San Gregorio Palamás, la oración ilumina el alma y nos hace ver que Dios es nuestro verdadero tesoro.

Tercero, la sobriedad o simplicidad de vida: los monjes y ascetas ortodoxos nos enseñan que vivir con lo necesario, sin apegarnos a lo superfluo, nos libera para amar a Dios plenamente. San Antonio el Grande decía: “El que tiene poco y lo da con amor, da más que el que tiene mucho y lo retiene” .

Un LLAMADO a LA CONVERSIÓN

Hermanos examinemos hoy nuestros corazones. ¿Qué tesoros buscamos? ¿Estamos acumulando riquezas que perecen o estamos almacenando tesoros en el cielo mediante el amor, la generosidad y la fe? La codicia nos promete felicidad, pero solo trae vacío; Cristo en cambio nos ofrece la plenitud de la vida eterna.

Que la Virgen María, la Theotokos, modelo de desapego y entrega total a Dios, interceda por nosotros. Que nos ayude a desprendernos de toda codicia y a vivir para la gloria de Dios, compartiendo con alegría lo que Él nos ha dado. Recordemos las palabras de San Serafín de Sarov: “Adquiere la paz interior, y miles a tu alrededor se

Prédicas de un Monje
ARZOBISPO BASILIO, TRUE ORTHODOX CHURCH OF THE DIASPORA

salvarán” . Que nuestra lucha contra la codicia sea un testimonio vivo del amor de Cristo.

Amén.

EL CREDO

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Hoy reflexionaremos sobre el Credo Niceno-Constantinopolitano, una declaración de fe que ha unido a los cristianos durante siglos, proclamando las verdades fundamentales de nuestra creencia en Dios. Este credo, formulado en los concilios de Nicea (325 d.C.) y Constantinopla (381 d.C.), no es solo una lista de creencias, sino un testimonio vivo de la fe que da forma a nuestras vidas y nos conecta con la Iglesia universal.

El Credo comienza con una afirmación poderosa: "Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra". Estas palabras nos recuerdan que nuestra fe se fundamenta en un Dios único, el origen de todo lo que existe. Él no es un dios distante, sino un Padre amoroso que creó el universo con propósito y amor. ¿Cómo vivimos esta verdad? Cada día, al contemplar la creación –el amanecer, la naturaleza, la vida misma– recordemos que todo es un regalo de nuestro Padre, y que somos llamados a cuidar su obra y a vivir en gratitud.

Luego, el Credo nos lleva a Jesucristo, "el Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos". Aquí se nos revela el misterio de la Encarnación: Dios se hizo hombre en Jesús, plenamente divino y humano. Él no es solo un profeta o un maestro, sino el Verbo eterno que se hizo carne para salvarnos. El Credo nos dice que "por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo". ¡Qué amor tan inmenso! Jesús asumió nuestra humanidad, sufrió, murió en la cruz para reconciliarnos con Dios. Esto nos invita a preguntarnos: ¿Cómo respondemos a este sacrificio? ¿Vivimos de manera que reflejemos su amor y su entrega?

El Credo también proclama la resurrección: "Resucitó al tercer día según las Escrituras". La resurrección es el corazón de nuestra esperanza. Cristo venció la muerte y en Él nosotros también tenemos la promesa de vida eterna. Esta verdad debe llenarnos de alegría y valentía, porque no hay oscuridad que pueda superar la luz de

PRÉDICAS DE UN MONJE
ARZOBISPO BASILIO, TRUE ORTHODOX CHURCH OF THE DIASPORA

Cristo. Cuando enfrentemos pruebas recordemos que nuestro Salvador vive y camina con nosotros.

Además, el Credo afirma nuestra fe en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida. El Espíritu es quien nos guía, nos fortalece y nos une como Iglesia. Él actúa en los sacramentos, en la oración y en nuestras vidas diarias, transformándonos para ser más como Cristo. ¿Estamos abiertos a su acción? ¿Dejamos que el Espíritu Santo nos inspire a vivir con amor, justicia y compasión?

Finalmente, el Credo nos habla de la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, y de la esperanza en la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Somos parte de una comunidad universal, fundada en los apóstoles, sostenida por la santidad de Dios y enviada a llevar su mensaje al mundo. Esta es nuestra misión: ser testigos de Cristo en todo lo que hacemos, confiando en la promesa de la vida eterna.

Hermanos y hermanas, el Credo Niceno-Constantinopolitano no es solo un texto para recitar, sino una guía para vivir. Nos invita a profundizar en el misterio de Dios, a confiar en su amor y a llevar su luz al mundo. Que estas palabras resuenen en nuestros corazones y nos impulsen a vivir plenamente para la gloria de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Amén.

La obediencia al Director Espiritual

Texto bíblico: "Confía en el Señor con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus sendas" (Proverbios 3:5-6).

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Hoy nos reunimos para reflexionar sobre un valor fundamental en nuestra vida cristiana: la obediencia al director espiritual. En un mundo que exalta la autonomía y la autosuficiencia, hablar de obediencia puede sonar desafiante, incluso contracultural. Pero en el corazón de nuestra fe, la obediencia no es una carga, sino una puerta abierta hacia la libertad verdadera, la que encontramos cuando caminamos de la mano de Dios.

Una guía en el camino

Imaginemos por un momento que estamos en un sendero desconocido, rodeados de un bosque denso, con caminos que se cruzan y desvían. Sin un guía experimentado, podríamos perdernos o tomar rutas que nos alejen de nuestro destino. En nuestra vida espiritual, ese guía es, muchas veces, el director espiritual: una persona que, con oración, experiencia y amor por la Iglesia, nos ayuda a discernir la voluntad de Dios.

La obediencia al director espiritual no es renunciar a nuestra libertad, sino ejercerla con sabiduría. Es un acto de confianza, como el que vemos en el joven Samuel, quien, al escuchar la voz de Dios en la noche, responde con la ayuda de Elí: "Habla, Señor, que tu siervo escucha" (1 Samuel 3:10). Elí, como guía, ayudó a Samuel a reconocer la voz de Dios. De la misma manera, nuestro director espiritual nos enseña a escuchar a Dios en medio del ruido del mundo.

La humildad como fundamento

La obediencia requiere humildad, y la humildad es la tierra fértil donde crece nuestra relación con Dios. Jesús mismo nos dio el ejemplo supremo de obediencia: "No se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas 22:42), dijo en Getsemaní. Al obedecer al director espiritual, reconocemos que no siempre tenemos todas las respuestas y que necesitamos la sabiduría de la comunidad de fe para avanzar.

Hermanos, esta humildad no nos disminuye; al contrario, nos eleva. Nos libera del peso de querer controlarlo todo y nos permite descansar en la certeza de que Dios nos guía, a menudo a través de las personas que Él pone en nuestro camino.

Un diálogo de amor

Es importante aclarar que la obediencia al director espiritual no es ciega ni mecánica. No se trata de seguir órdenes sin reflexionar, sino de entrar en un diálogo de amor y confianza. El director espiritual no impone, sino que acompaña; no decide por nosotros, sino que ilumina nuestro camino con la luz del Evangelio. Como dice el libro de los Hebreos: "Obedezcan a sus líderes y sométanse a ellos, porque velan por sus almas como quienes han de rendir cuentas" (Hebreos 13:17).

Sin embargo, esta obediencia siempre debe estar sujeta a la conciencia bien formada y a la verdad de la fe. Si alguna vez un consejo parece contradecir la enseñanza de la Iglesia o nuestra conciencia recta, debemos buscar el discernimiento en oración, con humildad y en comunión con la comunidad eclesial.

EL FRUTO DE LA OBEEDIENCIA

Cuando vivimos la obediencia al director espiritual, experimentamos frutos abundantes. Primero, encontramos claridad en nuestras decisiones, porque aprendemos a distinguir entre nuestros deseos pasajeros y la voluntad de Dios. Segundo, crecemos en comunidad, porque la obediencia nos conecta con la Iglesia,

el cuerpo de Cristo. Y tercero, nos acercamos a la santidad, porque cada paso en obediencia es un paso hacia el corazón de Dios.

Pensemos en María, nuestra Madre. Su "hágase en mí según tu palabra" (Lucas 1:38) fue un acto de obediencia que cambió la historia de la humanidad. Ella confió, escuchó y se abrió a la voluntad de Dios, incluso sin comprender plenamente el misterio. Que su ejemplo nos inspire a decir "sí" a Dios a través de la guía de nuestros directores espirituales.

Un LLAMADO PARA HOY

Querida feligresía, los invito a reflexionar: ¿Estoy dispuesto a escuchar con el corazón abierto? ¿Confío en que Dios puede hablarme a través de mi director espiritual? Si no tienes un director espiritual, te animo a buscar uno en oración, alguien que, con sabiduría y fe, te acompañe en tu camino. Y si ya lo tienes, renueva tu compromiso de escuchar, discernir y caminar juntos hacia Cristo.

Terminemos con una ORACIÓN

Señor, danos un corazón humilde y confiado para seguir tu voluntad. Ilumina a nuestros directores espirituales con tu Espíritu Santo, y ayúdanos a obedecer con alegría, sabiendo que cada paso nos lleva más cerca de ti. Por intercesión de María, nuestra Madre, te lo pedimos. Amén.

PRÉDICA Segundo Domingo de Pentecostés

Hijitos muy amados:

"Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres."

Este pasaje nos muestra el comienzo del ministerio público de nuestro Señor Jesucristo. No comienza llamando a sabios, gobernantes o personas de gran influencia, sino a hombres sencillos, trabajadores y humildes. El Señor mira el corazón y llama a quienes están dispuestos a obedecer.

Aquí encontramos tres enseñanzas fundamentales: el llamado de Cristo, la respuesta del discípulo y la misión de la Iglesia.

EL LLAMADO DE CRISTO.

Jesús pasa junto al mar y ve a Pedro y Andrés trabajando. Ellos no estaban buscándolo; fue Cristo quien los buscó primero.

Así sucede con cada creyente. Antes de que nosotros busquemos a Dios, Él nos llama por su gracia. El Señor conoce nuestra vida, nuestras luchas, nuestras debilidades y, aun así, nos invita a seguirle.

La llamada es sencilla pero poderosa:

"Venid en pos de mí."

Cristo no llama solamente a seguir una doctrina o una filosofía; llama a seguir una Persona. El cristianismo es una relación viva con Jesucristo.

La RESPUESTA DEL DISCÍPULO

El Evangelio dice: "Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron."

La obediencia fue inmediata.

Pedro y Andrés no pidieron tiempo para pensarlo. No exigieron garantías. No preguntaron qué recibirían a cambio. Confiaron en la palabra del Maestro.

Muchas veces escuchamos la voz de Dios, pero respondemos: "Más adelante", "cuando tenga tiempo", "cuando resuelva mis problemas". Sin embargo, la verdadera fe responde hoy.

Seguir a Cristo implica dejar algo atrás: pecados, egoísmo, orgullo, pasiones desordenadas o cualquier cosa que nos aparte de Él.

CRISTO transforma nuestra vocación

Jesús les dice:

"Os haré pescadores de hombres."

No les quita su experiencia como pescadores, la transforma para un propósito más alto.

Antes recogían peces para la vida temporal; ahora anunciarán el Evangelio para la salvación eterna de las almas.

Dios hace lo mismo con nosotros. Toma nuestros talentos, conocimientos y experiencias para ponerlos al servicio del Reino.

Cada cristiano está llamado a ser un pescador de hombres mediante la oración, el testimonio, la predicación y las obras de amor.

La misión continúa

En los versículos finales vemos a Jesús recorriendo toda Galilea:

Enseñando en las sinagogas.

Predicando el Reino de Dios.

Sanando toda enfermedad.

La Iglesia continúa hoy esta misma misión: enseñar la verdad, anunciar el Evangelio y llevar la misericordia de Cristo al mundo.

El Señor sigue caminando por las orillas de nuestra vida y sigue pronunciando las mismas palabras:

"Sígueme."

La pregunta es: ¿estamos dispuestos a dejar nuestras redes y seguirle?

Pedro, Andrés, Santiago y Juan eran hombres comunes, pero al responder al llamado de Cristo llegaron a ser santos y apóstoles que transformaron el mundo.

Dios no busca personas perfectas; busca corazones disponibles y es Él quien nos perfecciona a partir del SÍ QUIERO.

Hoy el Señor nos llama nuevamente:

"Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres."

Que tengamos la fe para responder como los primeros discípulos: sin demora, con confianza y con amor.

Amén

+Basilio

Contenido

La Santa Cruz	3
La Iglesia Romana como Secta desde la Perspectiva Ortodoxa.....	5
¿Qué es una Secta?	5
La Supremacía Papal	5
El Filioque	6
Innovaciones Litúrgicas y Doctrinales	6
La Ruptura de la Comunión Eclesial	7
La infalibilidad papal.....	8
El Pecado	10
La envidia	12
La codicia.....	12
La lucha espiritual contra la codicia	13
El antídoto ortodoxo: caridad, oración y sobriedad	14
Un llamado a la conversión.....	14
El Credo	16
La obediencia al Director Espiritual.....	18
Una guía en el camino.....	18
La humildad como fundamento	19
Un diálogo de amor	19
El fruto de la obediencia.....	19
Un llamado para hoy	20
Terminemos con una oración.....	20
Prédica Segundo Domingo de Pentecostés.....	21

PRÉDICAS DE UN MONJE
ARZOBISPO BASILIO, TRUE ORTHODOX CHURCH OF THE DIASPORA

El llamado de Cristo.....	21
La respuesta del discípulo.....	21
Cristo transforma nuestra vocación	22
La misión continúa	22
Sanando toda enfermedad.	23
Sobre el Autor.....	26

SOBRE EL AUTOR



Onomástico: 11/Enero

Consagrado al Episcopado: 13 de enero de 2020

(Calendario Antiguo)

Su Eminencia, el Arzobispo Basilio, Arzobispo de Santiago y de todo Chile, nació en Santiago de Chile, en el seno de una familia católica practicante. Criado en la fe por sus abuelos, recibió una sólida formación espiritual desde temprana edad. Su educación comenzó en escuelas estadounidenses en Santiago, donde aprendió inglés, y continuó en instituciones de enseñanza secundaria locales antes de ingresar a la universidad para estudiar Derecho, además de cursos de Informática

Al inicio de su vida profesional, trabajó como asistente legal, pero pronto discernió que ese no era el camino que Dios le había reservado. Reorientando su vocación, incursionó en el campo de las Tecnologías de la Información, donde progresó constantemente, llegando a ser Gerente de Tecnología de Marriott Chile. A los veintinueve años, sintiendo un llamado profundo de Dios, ingresó al Monasterio Benedictino de Lliu-Lliu, iniciando un período de formación monástica y estudio teológico. Sin embargo, tras presenciar situaciones problemáticas en ese entorno, se desilusionó y regresó al trabajo secular, ascendiendo nuevamente a puestos de alta dirección y ejecutivos en el sector de las tecnologías de la información.

Pero el llamado de Dios permaneció. Buscando la plenitud de la Fe Apostólica, abrazó la Santa Ortodoxia, recibiendo el Santo Bautismo y adoptando el nombre de Basilio. Continuó sus estudios teológicos ortodoxos y fue ordenado primero diácono, luego sacerdote y posteriormente recibió la tonsura monástica. Tras años de servicio, se le concedió el Gran Esquema y fue elevado al rango de Archimandrita.

PRÉDICAS DE UN MONJE
ARZOBISPO BASILIO, TRUE ORTHODOX CHURCH OF THE DIASPORA

El 13 de enero de 2020, según el Antiguo Calendario, fue consagrado Arzobispo de Santiago y de todo Chile, asumiendo el episcopado con humildad y un profundo sentido de responsabilidad por el cuidado espiritual de los fieles.

MINISTERIO ACTUAL

El Arzobispo Basilio reside actualmente en el Monasterio de San Basilio en Curacaví, Región Metropolitana de Chile, donde ejerce como Abad. Su vida se caracteriza por:

- La dedicación a la disciplina monástica.
- La atención pastoral a los fieles de Chile.
- El compromiso con la integridad teológica ortodoxa.
- El fortalecimiento de las comunidades locales a través de la oración, la enseñanza y la guía espiritual

Su Eminencia continúa sirviendo como pastor para quienes buscan la fe antigua, ofreciendo claridad, compasión y una firme adhesión a la Sagrada Tradición.